

EL DESARROLLO DE LA BATALLA DEL SALADO (1340)

Wenceslao Segura González

INTRODUCCIÓN

En el año 1275 los benimerines norteafricanos habían concluido el dominio territorial de todo Marruecos, lo que significó un giro en su ansia expansionista que se orientó desde entonces hacia la Península.¹

Ante la presión que Alfonso X ejercía sobre los andalusíes, el rey de Granada cedió a los benimerines las poblaciones de Algeciras y Tarifa, para que les sirvieran de puertos de arribada.² Estas plazas permanecieron en poder de los norteafricanos hasta 1344 y 1292 respectivamente, y tuvieron un protagonismo decisivo durante el periodo de intervención benimerín en el sur de la Península.³

En mayo de 1275 el sultán Abu Yusuf desembarcó con su ejército en Tarifa, en la que sería la primera de cinco incursiones que asolaron las tierras cristianas desde Jerez hasta Jaén. Las acciones benimerines se limitaron a continuas algaradas por el valle del Guadalquivir para conseguir botín y a ocupar la franja territorial limitada por las poblaciones de Tarifa, Ronda y Estepona.

En el año 1286 murió en Algeciras el sultán Abu Yusuf, subiendo al trono su hijo Abu Ya'qub. La política del nuevo sultán se encaminó a mantener buenas relaciones tanto con Granada como con Castilla, cesando por tanto las temibles razias por el sur peninsular.

1 La historia de la intervención de los norteafricanos puede consultarse en Francisco García Fitz. "Los acontecimientos político-militares de la frontera en el último cuarto del siglo XIII", *Revista de Historia Militar*, 64 (1988), pp. 9-71; Miguel Ángel Manzano Rodríguez. *La intervención de los benimerines en la península ibérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992; y María J. Viguera. "Las intervenciones de los benimerines en al-Andalus" en *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XIV)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988, pp. 235-247.

2 Los resultados de la política que ejerció Alfonso X sobre Granada en Wenceslao Segura González. "Tarifa y el sitio de Algeciras en 1309", *Al-Qantir*, 1 (2003), pp. 1-45 y Francisco García Fitz. "La conquista de Tarifa en la estrategia de expansión castellano-leonesa del siglo XIII", en *Tarifa en la Edad Media*, Manuel González Jiménez (editor), Sevilla, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Tarifa, 2005, pp. 103-125.

3 Aunque los benimerines poseyeron varias poblaciones en la Península, no parece que tuvieran sobre ellas un dominio efectivo y completo. Sólo Algeciras y Tarifa estuvieron sometidas plenamente a los norteafricanos. Durante algún tiempo Algeciras volvió a manos de Granada quien, a consecuencia del cerco impuesto por Fernando IV en 1309, la devolvió a los norteafricanos. No obstante, Tarifa permaneció hasta su conquista por Sancho IV en posesión de los benimerines, que la convirtieron en su principal puerto de entrada a la Península. Sancho IV dejó constancia de esta circunstancia: "[...] porque aquel [Tarifa] era el mejor paso que ellos tenían [los moros de allende la mar], et más seguro para pasar á la nuestra tierra et para tornar á la suya [...]" (Biblioteca Nacional, manuscrito 13.095, folio 74, publicado por Mercedes Gaibrois Ballesteros. *Tarifa y la política de Sancho IV de Castilla*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1920, p. 32). La razón que aduce la Crónica para que el rey castellano se inclinara a conquistar Tarifa en vez de Algeciras es la siguiente: "Consejaronle [a Sancho IV] que cercase á Tarifa, por razon que era la mar más estrecha allí, é que avia allí mejor salida para los caballos quando los moros pasasen aquende que en otro lugar ninguno" (*Crónica del Rey Don Sancho el Bravo*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1934, p. 86). La cita se refiere a la facilidad que la caballería musulmana (no la castellana) encontraba en Tarifa tras pasar el Estrecho, puesto que el camino para acceder al valle del Guadalquivir era más cómodo que si el desembarco hubiese sido en Algeciras.

Sancho IV reconoció el peligro de que los benimerines poseyeran plazas en el norte del Estrecho, lo que dejaba siempre abierta la posibilidad de nuevas incursiones norteafricanas. El rey cristiano empezó a recaudar los fondos necesarios para la conquista de Algeciras, ante cuyos muros había fracasado Alfonso X en 1279. Alertados por las intenciones castellanas, Abu Ya'qub desembarcó con su ejército en Tarifa en abril de 1291, sin conseguir su objetivo de frenar a los cristianos, quienes el 14 de octubre de 1292 lograron tomar la plaza de Tarifa.⁴

Tarifa se conquistó por la acción combinada de granadinos y castellanos, ambos temerosos del poder de los marroquíes. Según Ibn Jaldun existió una reunión entre el rey de Granada Ibn al-Ahmar y Sancho IV, donde estuvieron de acuerdo en que:

De todas las plazas fuertes [del Estrecho], Tarifa era la más importante y que si lograban conquistarla, les serviría de vigía para dominar el Estrecho y de estación para una flota capaz de luchar con todos los navíos que los puertos del Magreb podrían poner en el mar.⁵

Pero conquistada la plaza tarifeña Sancho IV se posesionó de ella, en contra de la promesa, que según los cronistas musulmanes, había hecho de cederla a Granada:

Había convenido [Sancho IV] con Ibn al-Ahmar en entregársela si la tomaba; pero, cuando la ganó, la retuvo para sí; Ibn al-Ahmar le ofreció por ella los castillos de Shaqish, Tavira, Nalga, Balis, Qashtala y al-Madjr, como rescate por Tarifa, mas no consiguió nada.⁶

Sancho IV estaba convencido de la importancia de Tarifa y de la necesidad de mantenerla a toda costa, así se lo dijo al obispo de Badajoz en marzo de 1294:

[Los musulmanes] mouieramos mucha pleitesía, que nos darian grand auer et Castiellos en tal que les diesemos Tarifa, la qual cosa non quisiessse Dios que nos ficiesssemos que lo que nos ganamos por su seruicio, et gran nuestra honrra et de todos los de nuestro sennorio, que nos ouiessemos tornar á poder de los enemigos de la fee, por ninguna cosa que nos diessen.⁷

Sancho IV estaba dispuesto a defender Tarifa y conservarla en el reino de Castilla:

[...] Por mucho danno que el Rey Abeyacob ffazia en la nuestra tierra e commo çercamos la villa de Tarifa e la tomamos, e por que el Rey abeyacob e el Rey de Granada e todos los moros de allen mar se sintieron mucho desta conquista que nos ffiximos, ouieron su fabla por sus mensajeros e passó el Rey de Granada allend mar e ouieron con el Rey abeyacob e con los otros moros que y era e ffisieron su auençia con tal guisa que el Rey de Granada dejó al Rey abeyacob la villa de Algezira e Ronda con sus castiellos por tal que passasen aquende a ayudarle e punnan en pasar los más que pueden para ffazer guerra por mar e por tierra la más fuerte e la más crua que ellos pudieren. Et nos, catando todo esto, guisamos nos de nos yr para la frontera con la mayor gente que pudiéremos de rricos omes e de Caballeros e de Conçejos e ffiamos por dios que siempre ffizo grand merced anos e aquellos onde nos uenjmos, que nos e la nra. gente por tierra e la armada que ffazemos por la mar que en guisa nos pararemos a este ffecho que dios será de nos seruido e que será grand onrra e grand pro de nos e de toda la x'andat e sennalada mjentre de toda la nra. tierra.⁸

4 Una pormenorizada descripción de la conquista de Tarifa se encuentra en Mercedes Gaibrois Ballesteros, ob. cit. Para el asunto de la fecha de la conquista y los detalles de la ocupación cristiana véase Wenceslao Segura González. "La fecha de la conquista de Tarifa", *Aljaranda*, 62 (2006), pp. 4-9.

5 Ibn Khaldoun. *Histoire des Berbères et dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, traducción del árabe por el Barón de Slane, Paul Gauthner, Paris, 1978, tomo IV, pp. 131-132.

6 Ibn Abi Zar': *Rawd al-Qirtas*, traducido y anotado por Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 2ª edición, 1964, volumen II, pp. 696-697.

7 Biblioteca Nacional, manuscrito 13.095, folio 74, publicado por Mercedes Gaibrois Ballesteros, ob. cit. p. 32.

8 Real carta al abad y convento de Valparaiso, reproducida en Mercedes Gaibrois Ballesteros. *Sancho IV de Castilla*, Madrid, 1928, tomo III, documento 525, pp. 361-362.

Aliados de nuevo el rey de Granada y el de Fez, se inició el asedio a Tarifa en abril de 1294. En el mes de agosto del mismo año y ante la determinación con que Guzmán el Bueno defendía la plaza, los norteafricanos alzaron el cerco.⁹ Tarifa continuó siendo castellana, pero por su posición estratégica seguía siendo deseada por granadinos y marroquíes.

La llegada al poder del sultán Abu l-Hasan ‘Ali en el año 1331 vino a significar un nuevo giro en la política del reino de Fez respecto a la Península. Durante su mandato los benimerines alcanzaron su máxima expansión territorial: conquistaron Tremecén e Ifriquiya y comenzaron una nueva intervención en Andalucía.

De nuevo Granada se sentía acosada por Castilla y una vez más no tuvo otra alternativa que pedir apoyo a los benimerines. En el año 1333 el sultán envió a la Península a su hijo Abu Malik con un importante ejército, que tuvo como principal éxito la conquista de Gibraltar. Las paces que se formalizaron en el 1334 no fue más que un descanso que se tomaron benimerines y castellanos para prepararse para un mayor y definitivo enfrentamiento.

Las intenciones de Abu l-Hasan eran bien conocida por los cristianos. En una carta que los sevillanos enviaron a Alfonso XI en el año 1333 se lee lo siguiente:

Et aun disen que este fijo [Abu Malik] del rey de allen mar a prometido a los grandes omnes de su tierra que viesen con él ciertas villas de la frontera e señaladamente, que a dado privilegios, a uno como le da Carmona e a otro a Ecija e a otros muchas villas [...].¹⁰

La Crónica del rey Alfonso XI también se refiere a este asunto:

E el rey Alboaçen, acabando estas juras, por esforzar a los moros, partio toda España, que non quedo villa ni señorío que todo no lo diese a los moros; e heredaua a todos muy bien de boca, e era muy franco e muy granado de aquello que no tenie, por la qual razón los moros auian muy gran plazer e hazien muy grandes alegrías.¹¹

Ahora no se trataba como en ocasiones anteriores de lanzar algaradas por tierras de cristianos, ahora se venía con la clara intención de conquista y permanencia definitiva. Por consiguiente la táctica militar debía cambiar radicalmente, en vez de las cabalgadas en busca de botín era preciso pasar al asedio de las poblaciones, único procedimiento para conseguir su posesión. Según la Crónica

E ouo por su consejo de non correr por las tierras, mas que fuese [Abu l-Hasan] sobre Tarifa e que la çercase [...] e que no ouiesse voluntad de cautivar christianos, e quantos pudiesen fallar que todos fuesen metidos a espada [...] e que fuesse luego sobre Xerez [...] E desque Xerez fuesse ganado, que fuesen asentar sus tiendas sobre Seuilla”. Pensaban que llegado los musulmanes a Sevilla, Alfonso XI le saldría al paso, pero tenían la confianza de vencerlo e incluso esperaban que el rey cristiano “fuese muerto en el campo”.¹²

Después de intervenir en la conquista de la ciudad norteafricana de Tremecén, el infante Abu Malik volvió a la Península con un numeroso destacamento. Repartió sus fuerzas entre Algeciras y Ronda, de las que se hacía llamar rey. Así permaneció hasta que la falta de vituallas le obligó a salir a tierras cristianas. Aunque sus fuerzas eran numerosas, los cristianos lograron derrotarlo e incluso le dieron muerte cerca de Alcalá de los Gazules en octubre de 1339, un año antes de la batalla del Salado.

9 La defensa de Tarifa en Pedro Barrantes Maldonado. *Ilustraciones de la Casa de Niebla*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1998, pp. 74-95. La gesta que protagonizó Guzmán el Bueno en Tarifa dio pie a que se escribieron multitud de obras literarias ensalzándolo, véase *Guzmán el Bueno en la poesía española*, recopilación e introducción Wenceslao Segura González, Tarifa, 1997 y Wenceslao Segura González. “La Gesta de Guzmán el Bueno en la Literatura”, *Aljaranda*, 14 (1994), pp. 28-35, donde se incluye amplia bibliografía.

10 A. Canelas. “Aragón y la empresa del Estrecho en el siglo XIV. Nuevos documentos del Archivo Municipal de Zaragoza”, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, 2 (1946), p. 773.

11 *Gran Crónica de Alfonso XI* (en adelante *GCAXI*), preparada por Diego Catalán, Madrid, Gredos, 1977, volumen II, p. 370.

12 *GCAXI*, p. 332.

Parece que este contratiempo animó a Abu l-Hasan a acelerar las operaciones para el paso de tropas por el Estrecho. El propio sultán se dirigió a Ceuta para ponerse al frente de su ejército, que tras pasar el Estrecho se acuarteló en Algeciras, para posteriormente dirigirse a Tarifa cuyo cerco comenzó el 23 de septiembre de 1340.

Tarifa estuvo sitiada durante algo más de un mes. Pero su conquista no fue tan fácil como se había pensado; “e que a los dos días sería entrada por dos combatimentos que le diesen”, así recoge la Crónica el pensamiento de los musulmanes. Hábilmente Alfonso XI había abastecido la plaza, a donde desplazó a sus mejores vasallos, que se defendieron bien ante la numerosa tropa musulmana. El rey logró mantener en aguas del Estrecho una flota en la que participaron los aragoneses, así que el cerco de Tarifa no pudo cerrarse.¹³

Es indudable que se había tardado excesivo tiempo en cruzar el Estrecho e iniciar las hostilidades. Ya había comenzado el otoño cuando se estableció el cerco de Tarifa. A los musulmanes les apremiaba su conquista, que a final de octubre parecía inevitable.

Mientras tanto, en Sevilla el rey reunía la hueste que vendría a descercar a Tarifa. Algunos de los de su consejo eran de la opinión de entregar la plaza a los musulmanes, antes de correr el riesgo de una batalla campal de consecuencias y resultado imprevisible. Pero aquí intervino un gran rey, Alfonso XI animoso en extremo fue capaz de convencer a todos de que la única opción era enfrentarse en campo abierto a los benimerines y a sus aliados los granadinos.

Por su parte los castellanos lograron el apoyo de los portugueses, que con su rey Alfonso IV a la cabeza llegaron a Sevilla con unos mil caballeros selectos. Pedro IV el Ceremonioso, rey de Aragón, mantuvo una flota de galeras en el Estrecho y siguió con preocupación la guerra que entre la cristiandad y el Islam se iba a desarrollar en Tarifa. Los aragoneses estaban preocupados ante la posibilidad, más que manifiesta, de que la invasión musulmana se extendiese a la costa levantina.¹⁴

Conocida la intención de los cristianos de darle batalla campal para descercar Tarifa, Abu l-Hasan decide, con cierta oposición de su consejo, hacerles frente. Una retirada a Algeciras para iniciar de nuevo las hostilidades al año siguiente, no hubiera conducido a nada, porque se estaría en la misma situación de partida. Si Abu l-Hasan quería conquistar la Andalucía cristiana no le quedaba más opción que enfrentarse en campo abierto a los ejércitos coaligados de Alfonso XI de Castilla y Alfonso IV de Portugal.

LA GUERRA MEDIEVAL

Un rasgo distintivo de la guerra medieval en España fue el carácter religioso que le dieron las autoridades civiles y la jerarquía eclesiástica. Tanto para cristianos como para musulmanes la batalla del Salado fue considerada como guerra santa, donde cada uno defendía su fe; al participar en ella lograban beneficios espirituales y en el caso de hallar el martirio alcanzarían el paraíso.

Para los musulmanes los que combaten por Dios “que sucumban o que sean vencidos, le daremos una generosa recompensa” (Corán, IV-76). Tras conocer la muerte de su hijo Abu Malik, el sultán Abu l-Hasan predicó por su reino la guerra santa,

13 Una detallada descripción de los hechos aparece en la *GCAXI* y en la *Crónica dos sete primeiros reis de Portugal*, edición de Carlos Silva Torouca, Lisboa, Academia Portuguesa de História, 1952, volumen II, capítulos 52-62, pp. 299-349. Para más bibliografía sobre los preparativos de la batalla del Salado véase Wenceslao Segura González. “La batalla del Salado”, en *Tarifa en la Edad Media*, ob. cit., pp. 173-200.

14 DUALDE SERRANO, M.: *Solidaridad espiritual de Valencia con las victorias cristianas del Salado y de Algeciras*, Valencia, Instituto Valenciano de Estudios Históricos, 1950; F. Sevillano I Colom. “Crisi hispano-musulman: un decenni crucial en la Reconquista (1330-1340)”, *Estudis d'Historia Medieval*, 3 (1970), pp. 55-74 y Jerónimo Zurita. *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1978, volumen III, pp. 347-349.

mandó alfajes “descalços e vestidos de duelo” para predicar a los moros que pasaran el mar para salvar su alma y tomar la tierra de cristianos.

El sentido de guerra santa tenía significación similar para los cristianos que luchaban contra los musulmanes. “[...] todos los que van a la guerra de los moros aunque por armas no mueran [...] los faze mártires”.¹⁵ La batalla de Tarifa tuvo la máxima consideración religiosa. El día 7 de marzo de 1340 el Papa Benedicto XII concedió la bula *Exultamus in te*, que elevaba la batalla de Tarifa a la categoría de cruzada.¹⁶

No obstante, el sentido de guerra santa tenía un alto contenido propagandístico, era principalmente un medio para conseguir el apoyo a la guerra. “[...] no debes creer, que todos los que mueren en la guerra de los moros, son mártires ni sanctos [...]”, decía don Juan Manuel. Había quien iba haciendo “muchos pecados, et muy malos”, otros acudían a la guerra para ganar botín, dinero o fama. Los reyes cristianos tenían interés en recibir los beneficios económicos de cruzada, no era extraño que el Papa rehusara conceder bulas de cruzada, al pensar acertadamente que los reyes sólo buscaban la transferencia de los impuestos eclesiásticos.

En España la guerra contra los musulmanes fue de conquista territorial, de ahí que fuera el asedio la operación militar más fructífera. Las cabalgadas y en general la guerra de desgaste no eran más que complementos que finalmente perseguían la conquista de territorio y en especial de las plazas fuertes.¹⁷

La guerra naval y los sitios de plazas fuertes en la Edad Media desarrollaron tácticas similares a las usadas durante la antigüedad, pero la guerra en tierra (ya fuesen algaradas o enfrentamientos campales) tuvo rasgos diferentes. En la guerra medieval es la caballería el arma sobre la cual se descansa la táctica militar, no como en la guerra antigua y moderna, donde es la infantería la que llevaba el peso de la batalla. El protagonismo de la caballería no sólo es reflejo del desarrollo armamentístico, sino también expresión de la estructura social y de la gran implicación de la nobleza en la guerra.

Los primeros historiadores modernos sobre la guerra medieval, manifestaron que el enfrentamiento campal se producía sin la aplicación de técnica alguna y que se limitaba a una monumental pelea cuerpo a cuerpo, donde el valor, el armamento, el pundonor y la suerte determinaban el resultado de la lucha.

Quizás el que los cronistas medievales no describieran los dispositivos tácticos de las batallas que narran, hiciera pensar a los historiadores modernos la ausencia de organización y planificación. Las investigaciones actuales van por otro camino. Se está demostrando que los guerreros medievales estaban educados en el arte de la guerra, que conocían la táctica a utilizar y que de hecho la utilizaban. El guerrero medieval, ya fuese un noble, un freire de una orden militar o un miembro de una milicia concejil, se adiestraban para la guerra, a la que con tanta frecuencia tenían que acudir.¹⁸

15 Don Juan Manuel. *Libro de los Estados*, edición de José M^o Castro Calvo, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1968, capítulo 26, p. 126.

16 R. Pérez Bustamante. “Benedicto XII y la cruzada del Salado”, en *Homenaje a fray Justo Pérez de Urbei*, Silos, 1977, volumen II, pp. 177-203. Sobre las bulas de cruzada véase J. Goñi Gaztambide. *Historia de la bula de cruzada en España*, Vitoria, Editorial del Seminario, 1958, la bula de Tarifa se encuentra en las pp. 282-289.

17 Una excelente memoria sobre la guerra medieval durante la Reconquista en Francisco García Fitz. *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2001. La batalla campal es tratada en el capítulo III, pp. 279-403. Véase también Francisco García Fitz. *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Ariel, 2005, donde se tratan generalidades sobre la guerra medieval.

18 Entre los más conocidos tratados militares medievales citamos la obra clásica de Flavio Vegecio Renato. *Compendio de técnica militar*, edición de David Paniagua Aguilar, Madrid, Cátedra, 2006; y los textos contemporáneos: Don Juan Manuel. *Libro de los Estados*, ob. cit., capítulos 70-79, pp. 110-133; *Glosa Castellana al “Regimiento de Príncipes” de Egidio Romano*, edición de Juan Beneyto Pérez, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005, tercera parte, pp. 955-1080 y Alfonso X. *Siete Partidas*, Monfort Benito, Valencia, 1767, Segunda Partida, leyes 18-29 y en el ámbito islámico Ibn Huday. *Gala de Caballeros, Blasón de Paladines*, edición de María Jesús Viguera, Madrid, Editora Nacional, 1977.

LA BATALLA CAMPAL

Llama la atención lo escasas que fueron las grandes batallas campales durante la Reconquista: Zalaca, Uclés, Alarcos, Las Navas de Tolosa, el Salado y poco más. La razón nos lo dan los tratadistas medievales sobre el arte de la guerra: las batallas campales había que eludirlas siempre que fuese posible. En un enfrentamiento en campo abierto no era posible tener la seguridad de una victoria. Eran tantos los factores que determinaban su resultado que era imposible controlarlos. Ni siquiera la superioridad numérica era garante de una victoria, bien al contrario, una numerosa tropa poco disciplinada (y esto ocurrió en el Salado) podía ser causa de la derrota. Tanto cristianos como musulmanes entendían que el resultado del enfrentamiento era la expresión de la voluntad de Dios, o como hoy podríamos decirlo: las batallas campales las ganaban los ejércitos que tenían más suerte, y el Salado no fue una excepción. Se entendía la batalla en campo abierto como un gran duelo, donde los contendientes ponían a juicio de Dios la resolución del conflicto.

Pero este alto grado de azar asociado a la victoria, no significaba que los guerreros de ambos bandos no se preocuparan de hacerlo lo mejor posible. Tal vez Dios dictaminaba el resultado, pero los guerreros podían contribuir a que ese resultado les favoreciera.¹⁹

Hemos dicho que la batalla campal había que eludirla siempre que fuera posible. Pero en Tarifa no la pudieron evitar ni cristianos ni musulmanes. Tal vez la pudieran haber aplazado para el año siguiente, o haberla desarrollado en otro lugar. Pero a menos que uno de los dos bandos hubiera cedido, la batalla campal era inevitable. Una retirada de los musulmanes a Algeciras para invernar, hubiera posibilitado que los cristianos recompusieran las defensas de Tarifa y que la abastecieran para el cerco que debería iniciarse en la primavera del año siguiente. Pero entonces los musulmanes se encontrarían en peores condiciones.

Los cristianos pudieron haber llegado a algún acuerdo y haber cedido Tarifa. Pero al siguiente año las tropas musulmanas habrían llegado a Jerez y de nuevo los castellanos habrían estado en el mismo dilema.²⁰

El peligro de una confrontación en batalla campal se aminoraba con ejércitos disciplinados y bien armados. La disciplina en el campo de batalla se enfrentaba a la diversa procedencia de los que componían la hueste. Las mesnadas del rey y de los nobles, las órdenes militares, las milicias concejiles y las fuerzas que acompañaban a los prelados eran los principales cuerpos del ejército cristiano, que si bien tenían un entrenamiento militar por separado, sólo en ocasiones excepcionales se reunían. Los musulmanes norteafricanos, como también era usual entre los almohades, se organizaron por tribus y linajes: los marines, almohades, clareses, moroqueros, alaraves, turcos, bárbaros, etc. La Crónica de Alfonso XI afirma que “e eran los linajes atantos que se no entienden los unos a los otros”, lo que indudablemente debía de repercutir en el mantenimiento del orden y la disciplina.²¹

19 Para las crónicas portuguesas en la victoria del Salado hubo una intervención divina, véase entre otras referencias R. Richard. “La relation portugaise de la bataille du Salado (1340)”, *Hespéris* 43 (1956), pp. 7-72; el mismo texto se encuentra en *Livro de Linhages do Conde Don Pedro*, edición de José Mottoso, Lisboa, Academia de Ciencias, 1980, pp. 239-257.

20 Los debates que se produjeron en el seno del Consejo del rey sobre la conveniencia de descercar Tarifa vienen recogidos con detalle en la *GCAXI*, ob. cit., capítulo 296, pp. 349-352.

21 En una carta que el arzobispo Gil de Albornoz escribió al Papa la misma noche de la batalla, se refería a la organización del ejército benimerín afirmando que estaban “dispuestas sus huestes por tribus y estirpes [...]”, Juan Beneyto Pérez. *El cardenal Albornoz. Canciller de Castilla y Caudillo de Italia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1950, p. 330.

Es curioso que el armamento utilizado por uno y otro ejército fuese diferente. Los cristianos tenían caballería pesada (con el caballero enlorigado y el caballo con protección de hierro o de cuero),²² caballería ligera o a la jineta, e infantería pesada y ligera. No se conoce si los musulmanes granadinos usaron en Tarifa algún cuerpo de caballería enlorigada. La influencia militar que los benimerines tuvieron en el reino de Granada, hizo que los granadinos abandonaran la práctica de la caballería pesada que habían copiado de los cristianos.²³ Los benimerines tenían como cuerpo principal la caballería ligera con montura a la jineta, en la que eran verdaderos maestros. También hay la creencia de que la infantería musulmana jugaba un destacado papel en el enfrentamiento campal.²⁴

Las armas utilizadas por los caballeros castellanos en la batalla del Salado fueron la lanza y la espada. La lanza era el arma más efectiva para hacer la carga de la caballería, su longitud podía alcanzar los cuatro metros, lo que ocasionaba que se quebrara con frecuencia. El caballero mantenía el extremo de la lanza bajo sus axilas, lo que permitía que en el impacto sobre el enemigo transmitiera la fuerza de la inercia del caballo. Con el desarrollo de las protecciones de hierro, las espadas evolucionarán haciéndose más puntiagudas para mejorar la penetración y eran lo suficientemente ligeras para ser usadas con una sola mano. Se podían utilizar como instrumento de corte por cualquiera de sus dos cantos afilados.²⁵

La infantería castellana dispuso de lanzas, ballestas y probablemente arcos. Los infantes musulmanes usaron también las hondas, un arma muy apreciada tanto en la antigüedad como en la Edad Media. La caballería ligera musulmana iba con el guerrero desprovisto de armadura, sólo usaban una adarga para protegerse, azagayas (una especie de jabalina que lanzaban) y espadas.²⁶ Si bien la caballería a la jineta musulmana era hábil e infundía temor en los cristianos, cuando se llegaba al cuerpo a cuerpo su debilidad era manifiesta porque “non andan armados ni encavalgados, en guisa que puedan sufrir feridas como cavalleros, nin venir a las manos [...]”.²⁷

22 El caballero castellano iba vestido con un gambax o prenda acolchada sobre la que iba la loriga confeccionada con anillos metálicos entrelazados. La parte inferior de las piernas se protegía con las brafoneras. Encima de la loriga se ponía el perpuente, prenda preparada con un tejido grueso y por último se ponía la cota de armas, un vestido ligero sobre el que iba dibujado el blasón del caballero. El cuello se protegía con la gorjera. En la cabeza llevaba una cofia de tela sobre la que iba el almofar, una especie de pasamontañas de mallas de hierro; por último se ponía el casco, que en esta época ya le cubría al caballero toda la cara. Los miembros de la infantería pesada llevaban una protección similar.

23 En la batalla de las Navas de Tolosa los andalusíes llevaron caballería pesada, Carlos Vara Thorbeck. *El lunes de Las Navas*, Jaén, Universidad de Jaén, 1999, pp. 212-213.

24 El caballero enlorigado montaba a la brida, o sea con las piernas extendidas. La movilidad del guerrero quedaba limitada, más aún por el tipo de silla que “encajonaba” al caballero lo que permitía que no fuese descabalgado cuando atacaba con todo ímpetu con su lanza. En la caballería a la jineta que usaban los musulmanes y también algunos cuerpos cristianos, los caballeros llevaban las piernas flexionadas, con estribos cortos y dirigiendo al caballo con las rodillas. Con esta cabalgadura se conseguía gran movilidad del caballero que iba sobre una silla casi plana y sin arzones. El caballo difería según la montura. Para la brida se usaban caballos de mayor porte y fuerza, condición que no requerían los caballos montados a la jineta.

25 Al contrario de lo que se suele ver en las películas ambientadas en la época medieval o antigua, la espada se usaba principalmente como estoque, o sea golpeando con la punta. De esta forma se podía traspasar la cota de mallas y herir mortalmente al enemigo; además usándola de esta forma se evita que el flanco derecho del guerrero quede desprotegido mientras ataca, lo que sí ocurría cuando se golpea con el canto. Los romanos se mofaban de aquellos pueblos que utilizaban la espada como arma de corte, ya que mostraban una clara inferioridad en el combate, *Flavio Vegecio Renato*, ob. cit., libro I, capítulo 12, p. 156. Egidio Romano expresaba con estas palabras el uso de la espada: “[...] son de escarnecer los lidiadores que dicen que mejor es de ferir cortando que estocando, ca más de escoger es de ferir de las puntas que cortar de tajo”, *Glosa Castellana al “Regimiento de Príncipes”*, ob. cit. pp. 1019-1022.

26 Los musulmanes también usaban lanzas a la manera cristiana, Ibn Huday. *Gala de Caballeros, Blasón de Paladines*, edición de María Jesús Viguera, Madrid, Editora Nacional, 1977, capítulo 16, pp. 191-196. Las azagayas eran armas muy eficaces, podían atravesar el cuerpo de un guerrero cristiano que llevara gambax y loriga. Es posible que los musulmanes trajeron algún cuerpo de arqueros montados.

27 Don Juan Manuel, ob. cit., capítulo 76, p. 125.

LA BATALLA DEL SALADO

Cuando se habla de la batalla del Salado hay que tener presente que este enfrentamiento se desarrolló en tres fases diferentes. Existió una lucha naval en aguas del Estrecho, que se prolongó durante varios meses, con suerte alterna para uno y otro bando. Estas batallas navales fueron de gran envergadura. Las galeras que musulmanes y cristianos pusieron en el Estrecho eran de gran tamaño, que llegaban a tener más de cien remos (quizás birremes), cubierta corrida, tres castillos y podían llevar hasta cuatrocientos infantes.²⁸ Nos podemos imaginar las imponentes batallas que se dieron entre docenas de estas naves. Aunque las tácticas del enfrentamiento naval eran muy parecidas a la lucha en tierra, había una sensible diferencia. Mientras que en la batalla campal lo que se perdían eran soldados, que eran fácilmente sustituibles; en el mar se podían perder barcos y reemplazarlos llevaba meses, además del inmenso costo que representaba. Por esto la actuación tan conservadora que los almirantes de las flotas mostraron durante los prolegómenos de la batalla del Salado.

También se produjo el sitio de Tarifa durante algo más de un mes. La plaza tuvo que resistir fuertes ataques por los flancos norte y este, siendo acometida por veinte ingenios o máquinas de guerra que ocasionaron la destrucción de la muralla por la zona sudeste. Los cristianos en un intento de librar a Tarifa del cerco a la que estaba sometida, obligaron a los musulmanes a una batalla en campo abierto.

En Tarifa se desarrolló una batalla campal donde se pueden apreciar las cuatro fases en que se divide. Inicialmente las tropas de uno y otro bando tomaron posiciones.²⁹ La orografía del terreno, la disposición del adversario y el tipo de fuerzas disponibles determinaron, en el caso de Tarifa, la disposición de las tropas de uno y otro bando. Aunque cristianos y musulmanes contaban con lanzadores: ballesteros, arqueros, honderos y lanzadores de jabalina, la batalla sólo se podía decidir con el contacto físico de ambos ejércitos. De aquí que la segunda fase de la batalla campal era la aproximación de ambas huestes. En Tarifa los musulmanes actuaron siempre a la defensiva, lo que obligó a los cristianos a iniciar los combates. Esto dejó en desventaja a los castellanos, ya que actuar a la defensiva daba más posibilidades de victoria.

La aproximación de los dos ejércitos era la fase más técnica, la que requería mayor disciplina y organización, con ella se pretendía desorganizar al ejército enemigo, tal como ocurrió en Tarifa. Tras lo cual se iniciaba la tercera fase de la batalla, donde se daba el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. “[...] et dende adelante, fágase lo que Dios toviere por bien, ca fasta este lugar cumple el seso, et dende adelante Dios, et los buenos omnes sofridores, et de grant vergüenza, et de grandes corazones lo an de fazer”.³⁰

Finalmente cuando uno de los bandos se percataba de su inferioridad se producía su huida. Las técnicas para rehusar un combate eran muy delicadas, no sólo por la dificultad de retirarse sin dar las espaldas, sino que cuando esto se producía descendía la moral de los que se retiraban y se envalentonaban los que persistían en el campo, lo que aumentaba el riesgo de un ataque a los que huían. Pero si difícil era retirarse del campo de batalla antes de comenzar la refriega, mucho más difícil era la retirada después de la derrota. Lo que se daba, y esto ocurrió en Tarifa, era una desbandada general, donde cada uno trataba de salvarse como podía. Mientras tanto las fuerzas victoriosas debían conservar el orden y la persecución se transformaba en una verdadera cacería, era lo que se llamaba el alcance.

28 Una descripción de una nave musulmana que combatía en el Estrecho viene en Próspero Bofarull y Mascató. *Procesos de las antiguas cortes y parlamentos de Cataluña, Aragón y Valencia*, Barcelona, 1851, tomo VII, documento 15, pp. 109-112.

29 Entre las referencias sobre la descripción de la batalla del Salado añadir a las ya citadas: Ambrosio Huici Miranda. *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas*, Granada, Universidad de Granada, 2000, pp. 331-387; Manuel Rojas. “La batalla en la Edad Media y su contexto estratégico. El choque del Salado (1340), reexaminado”, *Tarifa en la Edad Media*, ob. cit., pp. 147-172 y M. Pérez Castro. “La batalla del Salado”, *Revista de España*, 25 (1872), pp. 554-565. Aunque apenas difiere de la Gran Crónica, es interesante *El Poema de Alfonso XI*, edición de Yo Ten Cate, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1956, estrofas 1305-1893, pp. 365-527.

30 Don Juan Manuel, ob. cit., capítulo 72, p. 120.

Si bien las bajas durante las primeras fases de la batalla eran relativamente pocas, la mortandad en el alcance era inmensa y podía acabar con buena parte del ejército. Por eso no debe asombrar la enorme desproporción entre las bajas de uno y otro bando. Aunque es muy difícil cuantificar las bajas registradas en la batalla del Salado, sí podemos afirmar que no murió en el campo ningún cristiano notable; sin embargo, los historiadores, principalmente musulmanes, nos informan de numerosos personajes musulmanes que murieron o fueron hechos cautivos en la batalla de Tarifa.³¹

Hay que anotar que la duración de las batallas medievales era relativamente corta, sólo algunas horas, excepción hecha del alcance. La batalla campal medieval era más bien un pulso entre dos ejércitos y la victoria se conseguía, no cuando se acababa con las fuerzas del adversario, sino cuando se había demostrado la superioridad de uno de los dos bandos. No se contemplaba la rendición, así que solo cabía la huida del ejército perdedor. Sólo algunos de los perdedores eran tomados cautivos, el resto huía o moría.

La carga de la caballería pesada era el arma más potente del ejército medieval cristiano. La hueste se podía organizar en haz, tropel o cuña, dependiendo del número de efectivos y de la disposición del adversario. En el haz los caballeros formaban varias hileras en líneas rectas. El tropel era una formación de menor frente y más compacta, que impedía que un enemigo superior en número y formado en haces pudiera atacar por los flancos. Por último, la cuña era una disposición en forma de V invertida, con varias hileras de caballeros. Era la formación que se debía contraponer al tropel.³²

Los musulmanes elaboraron un sistema de ataque bien diferente, aprovechando la oportunidad que le daba la ligereza de su montura. Pequeñas formaciones de caballeros a la jineta acometían a los cristianos y cuando la cercanía lo permitía lanzaban sus azagayas y después retrocedían. Los musulmanes fueron maestros en esta táctica conocida como “tornafuye”. Incitaban a la caballería pesada cristiana a que los persiguieran, y si se daba esta imprudencia se desorganizaban, en este momento los musulmanes se revolvían y atacaban a los desprevenidos caballeros cristianos. Tan efectiva era esta técnica que don Juan Manuel afirmaba que con el juego del tornafuye “matarían, et desabaratarían çient caballeros moros, a, trescientos de cristianos”.

EL ORDEN DE BATALLA

Aunque los reyes de Castilla y de Portugal, que iban coaligados a la batalla, retaron a los musulmanes a combatir en las llanuras de la laguna de la Janda, su oferta no fue aceptada. Los marroquíes y granadinos eligieron el campo de batalla que más les convenía. Quisieron aprovechar la altura de los cerros que rodean a Tarifa para posicionarse en ellos el día de la batalla. Además, si eran derrotados tendrían más oportunidades de retirarse marchando a guarnecerse en Algeciras.

El arroyo del Salado fue elegido como línea de separación entre los dos ejércitos. No porque representara una dificultad su paso, sino por la distancia (algo más de dos kilómetros) entre las vanguardias benimerines dispuestas en los vados del río y

31 Francisco Vidal Castro. “Mártires musulmanes en la frontera nazarí: La Batalla del Salado o de Tarifa (1340)”, *Jornadas de Historia de la Abadía de Alcalá la Real*, Jaén, Diputación Provincial de Jaén, 2005, pp. 753-764. Un caso muy llamativo fue lo que ocurrió con Abu ‘Umar Tussufin, hijo del sultán Abu l-Hasan. Tuvo un gran protagonismo en la batalla del Salado, fue apresado por Alfonso XI durante el alcance. El cardenal Albornoz escribió al obispo de Frascati el mismo día de la batalla: [...] el rey de Castilla, peleando cuerpo a cuerpo, aprisionó a cierto infante moro llamado Aboanar, hijo del rey de Benamarín [...]” (*Juan Beneyto Pérez*, ob. cit. p. 332). La crónica portuguesa afirma que fue apresado por el rey de Portugal (*Crónica dos sete primeiros reis de Portugal*, ob. cit., p. 168). Estuvo cautivo del rey de Castilla hasta el año 1346 (*Ibn Jaldun*, ob. cit., p. 269); tras sufrir un ataque de locura, Alfonso XI lo devolvió a Abu l-Hasan como presente por su victoria sobre Ifriquiya. Abu ‘Umar llegó a ser sultán sucediendo a su hermano, aunque sólo reinó tres meses (*Crónicas árabes de las dinastías almorávides, almohades y benimerines*, edición de Ambrosio Huici Miranda, Tetuán, Editora Marroquí, 1952, p. 204).

32 También había la disposición en tjeeras, o sea una V derecha. Su uso estaba indicado cuando el enfrentamiento era con un ejército menor en número, *Glosa Castellana al “Regimiento de Príncipes”*, ob. cit., pp. 1014-1018.

la posición ocupada por el sultán. Hubiera sido más efectivo frenar a los cristianos en la orilla del más caudaloso río Jara, pero entonces las vanguardias musulmanas hubiesen estado excesivamente alejadas del resto del ejército.³³

El viento, el Sol y la altura eran factores que había que aprovechar en una batalla campal. El viento estuvo ausente el día de la batalla, según se puede deducir de la Crónica. El Sol estuvo en contra de los cristianos, tanto fue así que debieron retrasar el comienzo del enfrentamiento para evitar que su luz pudiera cegarles. La altura fue aprovechada por los musulmanes que estaban cercando Tarifa. Unas lomas de escasa altura se suceden tras pasar el Salado, tras las cuales se levantan unos cerros de unos doscientos metros de altitud, donde debió asentarse el sultán Abu l-Hasan para dirigir la batalla. El arzobispo de Toledo, Gil de Albornoz, que permaneció en todo momento al lado del rey Alfonso XI, escribía al terminar la contienda que el sultán benimerín se encontraba en una “escarpada peña”, que entendemos debió ser el Cerro del Tesoro,³⁴ el Bujo o un cerro cercano que se halla en el paraje conocido como Los Zorrillos.³⁵

Los haces mayores del ejército benimerín se dispusieron a los pies de donde estaba el sultán aprovechando unas pequeñas lomas. Aún más adelante se encontraba la vanguardia musulmana, a la que se le encomendó hostigar el paso de los cristianos por el arroyo del Salado. Detrás de esta vanguardia se dispuso otro cuerpo de ejército, mandado por Abu ‘Umar, hijo del sultán. Se encontraba escondido detrás de un otero,³⁶ con la idea de preparar una celada para cuando la vanguardia benimerín hubiera desorganizado a los cristianos que se hubieran atrevido a pasar el arroyo.

Otro cuerpo del ejército benimerín se dispuso contra Tarifa, con la misión de defender el real de Abu l-Hasan y neutralizar a los que pudiesen salir del interior de las murallas.

El flanco derecho del ejército benimerín estuvo cubierto por la hueste de Granada. Suponemos que Yusuf I de Granada con su ejército se dispuso en alguno de los cerros cercanos al puerto de Piedracana. La Crónica portuguesa dice que dispuso su campamento “en las faldas de la sierra”.

El ejército castellano se dispuso como era usual, formando delantera, cuerpo central, zaga y dos costaneras. Alfonso XI distribuyó su ejército en función del terreno y la disposición del enemigo. En su flanco derecho, cerca de la playa, colocó a los que combatían a la jineta: los donceles de su casa y algunos caballeros de los concejos de la frontera; a su mando iba Alvar Pérez de Guzmán. El terreno donde se dispuso a los que iban a la jineta es totalmente llano y adecuado para este tipo de caballería. La finalidad de esta costanera era estar a las órdenes de Alfonso XI para lo que pudiese menester.

33 Algunos han supuesto que fue el río Jara y no el Salado el que separó a las tropas, Miguel Cuartero Larrea. “El Salado”, *Ejército* 13 (1941), pp. 33-42.

34 El nombre de este montículo es muy sugerente y quizás esté relacionada con la batalla. Hay otros nombres toponímicos que se conservan en Tarifa y que parecen aludir a la batalla del Salado. Antes de pasar la Peña hay un arroyo que baja de la sierra de Enmedio que desde tiempo inmemorial se llama Juan Francisco. Por su caudal, que hasta hace poco movía cuatro molinos de agua, debió ser usado por la hueste cristiana acampada en la Torre de los Vaqueros. Puede ser que este Juan Francisco fuese uno de los renegados moros que guiaron a la hueste hasta Tarifa. “Et otrosí el Rey avia otro Adalid de dician Joan Francisco, et era ome muy sabidor de la tierra de Algecira [...] et acaescióse con el Rey en la lid de Tarifa”, *Crónica del rey don Alfonso el Onceno, Crónica de los reyes de Castilla*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1934, Madrid, tomo IV, p. 342. Otro nombre es la cañada y el cortijo de Alfaneque, que pensamos fue el lugar donde Abu l-Hasan colocó su campamento. La playa de los Lances, muy cerca de donde se desarrolló los principales movimientos, también nos recuerda la batalla. La zona por donde pasaron los castellanos el Salado se le llama Pedro Valiente. Según una bien asentada tradición popular fue este uno de los primeros cristianos en pasar el arroyo y que por su arrojo lo conocieron desde entonces por ese nombre y por extensión tomó su nombre aquella zona.

35 Wenceslao Segura González. “La batalla del Salado según Gil de Albornoz”, *Aljaranda* 58 (2005), pp. 9-15, en este artículo proponemos la que nos parece el orden de batalla de los ejércitos que se enfrentaron en el Salado.

36 En la narración de Gil de Albornoz se dice que Abu ‘Umar se encontraba en los “antiguos campamentos”. Pensamos que se trataba del primer campamento o alfaneque que puso Abu l-Hasan cuando comenzó el sitio de Tarifa. Un lugar adecuado hubiese sido la Loma de la Cantera. Se trata de un promontorio que bloquea la entrada a Tarifa por el oeste, llegando hasta el borde del mar y que se encuentra a algo más de un kilómetro de la muralla de Tarifa. Pocos días antes de la batalla, el sultán desplazó su campamento a un otero alejado de Tarifa. En dirección hacia Algeciras hay una cañada llamada de Matatoros, que termina en el puerto de la Tabla. Este es buen lugar para haber puesto el real benimerín.

La costanera izquierda del ejército cristiano se encontraba en un terreno menos llano y quizás más alejado de las haces principales de los benimerines. Allí se dispusieron las gentes del norte: Asturias y Vascongadas. Eran infantes que habían llegado a la hueste sin armas, lo que nos muestra que no debían estar tan acostumbrados a la guerra como los de la frontera, donde el enfrentamiento armado con los musulmanes era habitual. Alfonso XI los equipó con escudos, bacinetes, lanzas y ballestas y los puso al mando de Pedro Núñez de Guzmán. Se le encomendó que fuesen cerca del cuerpo del rey para usarlos en donde fuese conveniente. Ibn Jatib que estuvo presente en la batalla, dice que esta costanera se colocó entre portugueses y castellanos para auxiliar al que más lo necesitase.

En la delantera se colocaron los principales nobles del reino, es decir las mejores tropas. Allí estaba don Juan Manuel, don Juan Núñez de Lara y la orden de Santiago entre otros. También hubo en este cuerpo milicias concejiles, tal fue el caso de Écija, Sevilla, Jerez y Carmona, todas ellas de la frontera y por tanto habituadas a la guerra contra los musulmanes. Que hubiera concejos en la delantera nos hace pensar que los peones de estas milicias estuvieron en la vanguardia y que debieron acompañar a la caballería en su ataque a los musulmanes prestándoles apoyo.³⁷ La misión de la delantera consistía en crear la cabeza de puente en el Salado para permitir el paso del grueso del ejército, para lo que tenían que derrotar a la vanguardia musulmana, que estaba situado a unos cientos de metros de los vados del arroyo.

El rey se situó en el cuerpo central y no en la zaga, como ocurrió en otras batallas. Estuvo rodeado de los caballeros de su mesnada, los pendones y vasallos de sus hijos, también le acompañaron los “fijosdalgo” que habían acudido a la batalla. El plan que se les encomendó fue atacar a las principales haces de los benimerines, operación que necesitaba previamente consolidar la cabeza de puente y neutralizar a la vanguardia benimerín.

En la zaga se colocó el concejo de Córdoba. También se le encomendó que actuasen como tropa auxiliar, a expensas de la utilidad que se le pudiera dar en el transcurso de la batalla.

El día antes de la batalla don Juan Manuel propuso enviar esa misma noche un destacamento a Tarifa, que unido a sus defensores y a la infantería de la flota, pudiesen formar un cuerpo de ejército capaz de atacar por la retaguardia a los musulmanes. La propuesta fue aceptada y sin apenas dificultad pudieron, por la orilla de la playa, llevar a Tarifa unos dos mil caballeros y cuatro mil peones.³⁸ Esta tropa se unió a los defensores de la plaza que debían ser unos tres mil y a los infantes de la armada castellana.³⁹ Aunque la flota aragonesa se encontraba fondeada en Tarifa, no admitió su almirante Pedro de Moncada, unirse a los castellanos para participar en la batalla.

Se había acordado que el rey de Portugal atacase al de Granada. Pero como los granadinos, según la Crónica, eran siete mil y sólo mil los de Portugal, Alfonso XI completó el ejército portugués con parte de sus fuerzas. Las órdenes de Calatrava y Alcántara, algunos vasallos, varios concejos (Salamanca, Ciudad Rodrigo, Badajoz, etc) e importantes ricoshombres como don Diego de Haro, don Juan Alfonso de Alburquerque o don Pedro Fernández de Castro, haciendo un total de tres mil de a caballo, se fueron con los portugueses, atravesando el arroyo del Salado un poco más al norte de donde lo hicieron los castellanos.

Una parte de la infantería cristiana permaneció en la Peña del Ciervo, con la misión de proteger el campamento. Se trataba de “labradores e omes de poca valía que yuan en la hueste”.

37 La Crónica nos narra como algunos hombres de a pie pasaron el Salado antes que lo hiciera la caballería de la vanguardia castellana (GCAXI, p. 427). Esto nos viene a confirmar que parte de la infantería se encontraba mezclada con la caballería pesada.

38 Al narrar Ibn Jaldun este incidente nos dice que aquella fue una noche oscura y que las tropas musulmanas encargadas de vigilar los movimientos del enemigo, temiendo la cólera del sultán, “le ocultaron la verdad y aseguraron que nadie había penetrado en la fortaleza, excepto una pequeña tropa [...]”, *Ibn Jaldun*, ob. cit., pp. 232-233. La noche antes de la batalla la Luna había pasado el cuarto creciente y había un cielo despejado.

39 Tres mil eran los defensores de Tarifa cuando Sancho IV la conquistó en 1292, pensamos que ese número podría ser también el de defensores cristianos antes de la batalla del Salado.

EL DESARROLLO DE LA BATALLA

El lunes 30 de octubre de 1340 a primera hora de la mañana se iniciaron los preparativos, que comenzaron con la misa que diera el arzobispo de la catedral primada de España y con la bendición de las armas. Las tropas avanzaron en el mismo orden que plantearían en la batalla, se dirigieron sin dificultad hasta la orilla del Salado, donde quedaron enfrentados a muy escasos metros de las avanzadillas musulmanas.

Al llegar la delantera castellana al arroyo del Salado hubo un momento de indecisión porque don Juan Manuel, encargado de establecer la cabeza de puente, se negó a pasar el arroyo. Tampoco don Juan Núñez de Lara ni el maestre de Santiago tomaron la iniciativa. El ejército castellano se iba agolpando ante la inmovilidad de la vanguardia, quedando en una situación muy comprometida. Finalmente Garcí Lasso y su hermano Gonzalo Ruiz, ambos vasallos de hijos del rey y que iban en el cuerpo central, pasaron el Salado y con ellos ochocientos caballeros, según afirma la Crónica.

De inmediato la caballería a la jineta islámica empezó a practicar el tornafuye. Hicieron una huída fingida retrocediendo hacia donde estaban las haces mayores. Pero de inmediato giraron y atacaron a los cristianos, a la espera de sorprenderlos. Pero los caballeros cristianos apercibidos de la táctica benimerín, resistieron el envite y mantuvieron su posición en el campo.⁴⁰

No se estaba desarrollando la batalla como estaba prevista. Para salvar la situación el rey mandó que su costanera derecha, formada por caballería ligera, pasara el Salado y auxiliara a los que combatían más allá del arroyo. Unidos todos los cristianos pudieron vencer a los moros que defendían los vados del Salado. El desarrollo de la batalla tampoco era del agrado del sultán marroquí, que tuvo que mover la tropa mandada por Abu ‘Umar, que se encontraba detrás de un cerro dispuesta a sorprender a los cristianos. Abu ‘Umar lanzó una carga de su caballería contra los que habían pasado el Salado. Ante la fiereza de esta carga, los cristianos retrocedieron y volvieron a donde estaba la delantera que todavía no había pasado el arroyo.

Finalmente parte de la delantera cristiana, viendo que por una parte se le acercaba el rey Alfonso XI y que los musulmanes traían vencidos a los cristianos que primero pasaron el arroyo, se decidieron a pasar el Salado. Ante ellos se encontraban parte de la avanzadilla musulmana que todavía no había entrada en combate. Los cristianos cargaron contra sus enemigos que no lo pudieron resistir y volvieron las espaldas dirigiéndose a donde combatían las tropas de Abu ‘Umar con los primeros cristianos que pasaron el Salado. Los cristianos fueron a su encuentro, de tal manera que se unieron con los caballeros que habían pasado primero y estaban a punto de ser vencidos. Reorganizados se lanzaron contra los moros haciéndolos huir.

Pero de nuevo se torció la batalla. Los pendones de don Juan Núñez de Lara y del maestre de Santiago, Alvar Méndez, que componían la parte de la delantera que había pasado el Salado siguieron adelante, dejando a su izquierda las haces mayores de los benimerines y traspasando a los moros que acababan de vencer. Quizá movidos por el ansia de botín fueron directos al alfanque de Abu l-Hasan que se encontraba alejado unos cinco kilómetros del campo de batalla. Los cristianos se enfrentaron a los que defendían el campamento que opusieron escasa resistencia.⁴¹ En su huída unos se fueron para Algeciras y otros descendieron al valle donde se encontraba el grueso del ejército benimerín.

40 Antes del comienzo de la batalla se había dado concretas instrucciones de cómo resistir el ataque de la caballería musulmana. Según la Crónica, el rey mandó a los caballeros que “quando fuesen contra los moros, que a la entrada de la batalla que sufriesen las armas de los moros, que les echarian las lanças luego como solian fazer; e que luego [...] los cristianos entrasen por ellos segund caballeros, las cabeças de los caballos ayuntadas, e la entrada primera, que leuasen los caballos a galope e las lanças a sobre mano”, *GCAXI*, p. 410.

41 *El Collar de Perlas*, por Musa II, rey de Tremecén, en *Ambrosio Huici Miranda*, ob. cit., pp. 379-381.

Los de Tarifa, que al comienzo de la batalla habían puesto sus fuerzas fuera de la muralla, marcharon por la cañada del río del Retiro,⁴² continuaron por la cañada de Alfaneque hasta dar con los que defendían el campamento de Abu l-Hasan. Tampoco resistieron los moros esta embestida cristiana, pues huyeron sin oponer resistencia, algunos se fueron para Algeciras y los demás rehusaron (o no pudieron) bajar al valle donde estaban la mayoría de las tropas y se fueron hacia la orilla del mar.⁴³

Mientras tanto Alfonso XI había pasado el Salado, aunque don Juan Manuel y otros nobles seguían sin atravesarlo. Como estaba previsto, el rey castellano se dirigió hacia donde estaban las haces mayores de los benimerines, pensando que allí se encontraba Abu l-Hasan. Pero su alférez, que llevaba el pendón real, debió ir demasiado aprisa, separándose del rey. Cuando lo advirtió retrocedió, pero la mayoría de las fuerzas del cuerpo central castellano siguieron adelante. De resultas de ello Alfonso XI quedó desprotegido y con escasos efectivos.

Al comprobar esta situación, Abu l-Hasan mandó que parte de su ejército frenara a los cristianos que seguían adelante. La carga musulmana tuvo su efecto, porque los cristianos retrocedieron hacia donde había quedado Alfonso XI. Los moros siguieron la persecución y llegaron tan cerca del rey castellano, que le dieron una saetada en el arzón delantero. “E en esta ora estuuo Castilla en punto de ser vençida e toda la caualleria d’España [...]”, dice la Crónica.

La situación era crítica para los castellanos. La infantería que formaba la costanera izquierda se había alejado excesivamente, uniéndose a los portugueses que combatían por separado con los granadinos. Afortunadamente, las milicias de Ecija y Zamora así como las mesnadas de varios nobles, se acercaron a donde estaba el rey, también llegaron los de la zaga y juntos pudieron pasar el Salado. Tras ordenar las tropas se lanzó una espolonada (carga de la caballería pesada) en las haces de los musulmanes. Con tanto ímpetu que atravesaron cinco filas enemigas, desorganizando al mayor cuerpo que tenían en el campo los musulmanes.

Ahora todo se volvía en contra de los benimerines. Los que habían atacado el alfaneque del sultán, se lanzaron cuesta abajo y atacaron el ala izquierda de Abu l-Hasan. El rey de Tremecén describió lo ocurrido con estas palabras. “[...] vio Abu l-Hasan que el infiel rehuía su frente, separándose, para caer sobre una de sus alas y encontrar la ocasión de atacarle por la espalda [...]”. Parte de los musulmanes que estaban en el valle debieron girar sus haces para enfrentarse a los que venían por su retaguardia pero los que “combatían por las alas, notaron que sus banderas había cambiado de posición [...] y creyeron que había sido arrollado y roto su ejército”. Poco más podían hacer los benimerines, excepto emprender la huida.

En una zona boscosa, a unos kilómetros donde se desarrollaba la batalla entre castellanos y benimerines, se enfrentaron los portugueses (apoyados por los castellanos) y los granadinos. No tuvieron dificultad las tropas cristianas en pasar el Salado, ya que no encontraron oposición enemiga, tal vez porque el ejército granadino se encontraba alejado del arroyo,⁴⁴ quizás en el puerto de Piedracana, a unos tres kilómetros del río Salado. Un parte considerable del ejército portugués estaba compuesto por caballería ligera.⁴⁵

Según la Crónica portuguesa, a la hora prima sus tropas pasaron el arroyo del Salado, alinearon sus haces frente a los andalusíes. Parece ser que los granadinos tomaron la iniciativa, lanzando una carga de la caballería. La carga dio resulta-

42 Este arroyo seco casi durante todo el año nace a unos seis kilómetros al noreste de Tarifa y discurre entre la carretera nacional 340 y la orilla del mar por la cañada de Matatoros (no Matamoros como dice Ambrosio Huici en su obra citada). Al llegar a la ciudad, atravesaba la muralla por su flanco este, recorría el interior de la plaza y volvía a cruzar la muralla para desembocar en la playa de los Lances. A final del siglo XIX se desvió este arroyo que desde entonces no pasa por el centro de Tarifa, desembocando ahora en el Mediterráneo y no en el Atlántico.

43 Según Ibn Jaldun la salida de los defensores de Tarifa ocasionó que los musulmanes perdieran el orden de combaten y que huyeran, *Ibn Jaldun*, ob. cit., p. 233.

44 “[...] estaua aquel vado muy rredrado de las hazes de los moros”, *GCAXI*, p. 432.

45 Así se desprende de la Crónica: “E el rrey de Castilla mando a todos los de la gineta que no llevasen alferezes [toca para la cabeza a la forma islámica] ni aquellos antocados ni las otras cosas que truxesen los moros [...] e esto lo mando el rrey de Castilla por los portogaleses [...]”, *GCAXI*, p. 390.

do, pero durante el combate cuerpo a cuerpo, llegó la costanera izquierda del rey castellano, formado principalmente por infantes que pudieron maniobrar fácilmente en la zona boscosa donde se desarrollaba el enfrentamiento. Los granadinos se encontraron vencidos y optaron por la retirada.

La huida de benimerines y granadinos debió producirse casi al mismo tiempo, puesto que los efectivos de ambos se unieron en la huida. Todas las crónicas son coincidentes en la enorme matanza que se produjo, que debió realizarse gracias a que los cristianos mantuvieron el orden y la coordinación. La huida debió comenzar por la cañada del río de la Vega, la antigua cañada de Medina,⁴⁶ y continuó entre los numerosos y escarpados cerros que separan Tarifa de Algeciras. Los reyes cristianos continuaron el alcance hasta el río Guadalmequí. Algunos de los moros huyeron a la costa y “al huir hacia dentro del mar se sumergieron y ahogaron”.

DÍA DE LA BATALLA

Completamos este informe sobre la batalla del Salado comentando la fecha del enfrentamiento.⁴⁷ La fecha en que se dio esta histórica batalla ha sido objeto de polémica. Resulta que desde la crónica del rey Fernando IV existe un desplazamiento de dos días en las fechas. De tal forma que la Crónica afirma que la batalla se dio el lunes 28 de octubre de 1340.⁴⁸ Pero este día no fue lunes sino sábado.

Según varios cronistas musulmanes la fecha de la batalla fue el 7 yumada 1º.⁴⁹ Haciendo uso del calendario aritmético islámico se encuentra que ese día corresponde al 29 de octubre de 1340 juliano.⁵⁰ El día 7 yumada 1º comenzó al anochecer del día 28 de octubre de 1340 y terminó al anochecer del día siguiente. La discrepancia se encuentra en que el calendario islámico de entonces (al igual que el seguido actualmente en todos los países musulmanes) no es computacional, o sea, no obedece a reglas aritméticas tal como ocurre con el calendario juliano.

El calendario musulmán es observacional y se guía por la visión del primer creciente lunar, es decir que el primer día del mes debe ser aquel en que hacia el horizonte oeste se observa la Luna por primera vez tras la puesta del Sol, después de haber estado oculta por ser nueva.⁵¹ En la Edad Media se usaron procedimientos astronómicos para determinar con antelación cuándo sería visto este fenómeno, aunque estrictamente el comienzo del mes exigía (y exige) la observación física del nuevo creciente. El error entre el calendario aritmético musulmán (tal como es recogido en el *Libro de Saber de la Astronomía* de Alfonso X el Sabio) y el calendario real que efectivamente se siguió puede llegar a ser hasta de tres días.

46 Esto es al menos lo que se deduce del lugar donde fue apresado Abu 'Umar, “El Colmenar de Pero Xjmenez, a do tomaron el Infante de Benamarin quando a la de Tarifa [...]”, Alfonso XI, *Libro de la Montería*, edición de María Isabel Montoya Ramírez, Granada, Universidad de Granada, 1992, estrofa 14.300, p. 697. Este lugar es descrito aproximadamente por el lugar que indicamos en el texto.

47 Luis Seco de Lucena Paredes. “La fecha de la batalla del Salado”, *Al-Andalus* 19 (1954), pp. 228-231.

48 *La Crónica* portuguesa sigue a la castellana y también da la fecha 28 de octubre de 1340.

49 Esto es lo que dice Ibn Jatib que estuvo con ejército andalusí en el Salado, Ibn Jatib, *A'mal al-a'lam*, edición de Lévi Provençal, p. 389. La misma fecha se encuentra en Ahmad Ibn Al-Qadi, *Durrat al-Hiyad*, edición de I. S. Allouche, Rabat, 1934-1936, pp. 211-212. Sin embargo, el-Salawi difiere al dar la fecha 7 yumada 2º de 741 AH, Al-Nasari Al-Salawi, *Kitab al-Istiqa*, edición de Fez, tomo II, pp. 65-67.

50 Una descripción del calendario islámico aritmético con tablas para su conversión se encuentra en G. S. P. Freeman-Grenville, *The islamic and cristian calendars. AD 622-2222 (AH 1-1650)*, Garnet, 1963. Tanto Ambrosio Huici como el eminente arabista tarifeño Luis Seco de Lucena se equivocan al afirmar que el 7 de yumada 1º de 741 AH corresponde al 30 de octubre de 1340. Si da la correspondencia correcta A. Giménez Soler, *La corona de Aragón y Granada. Historia de las relaciones entre ambos*, 1908, pp. 270-271.

51 En la Edad Media, al igual que en la actualidad, se desarrollaron técnicas astronómicas que permitían con anticipación averiguar qué día sería visto el creciente, D. A. King, *Astronomy in the Service of Islam*, Variorum, 1993. En este libro se recogen algunos de los procedimientos que los astrónomos medievales musulmanes usaron para confeccionar por adelantado el calendario. En particular se recogen las tablas del astrónomo cordobés del siglo X al-Majriti.

Por tanto nada nos debe extrañar sobre la fecha dada por los cronistas musulmanes, la fecha 7 yumada 1º es enteramente compatible con el 30 de octubre de 1340.⁵²

Un nuevo problema se plantea. Pedro IV de Aragón felicitó a Alfonso XI por su gran victoria del Salado con una carta fechada el 8 de diciembre de 1340: “Rey fazemosvos saber en como recibimos unas letras en las cuales nos faziades saber la victoria et la honor et la gloria que nuestro senyor Dios vos havia querido dar del enemigo malo de la nuestra fe católica [...]”.⁵³ Para explicar este aparente atraso de 38 días en dar la enhorabuena a Alfonso XI, algunos historiadores aceptaron la fecha de al-Salawi de 7 de yumada 2º, pero este día fue martes y no lunes.⁵⁴ De esta opinión también es Zurita quien dice que la batalla fue el lunes 28 de noviembre, en lo que tal vez sea un error de imprenta.⁵⁵

Varios privilegios y documentos regios afirman que la fecha de la batalla fue el 30 de octubre de 1340.⁵⁶ Pero en el Real Monasterio de Guadalupe, tan ligado a la victoria del Salado, se encuentra una carta real con el siguiente texto: “E porque quando Nos acabamos de vencer al poderoso Albohecem, Rey de Marruecos e de Fez, e de Sijulmenza, e de Tremecen., e al Rey de Granada, en la batalla que ovimos con ellos cerca de Tarifa, que fue lunes, veynte e nueve días del mes de octubre de la data de esta carta [...]”.⁵⁷

Dos muy fiables documentos se inclinan por el 30 de octubre de 1340 que, en efecto, fue lunes. Uno de ellos es la carta del arzobispo de Toledo al obispo de Frascati: “[...] los ilustres reyes de Castilla y de Portugal, mis magníficos señores, llegaron a la orilla del mar el día veintinueve del presente mes de octubre [...]”, y al día siguiente fue la batalla.⁵⁸ El otro documento al que nos referimos es una carta al Consell de Valencia enviada nada más conocerse la victoria: “[...] faen-los saber que en lo dia de dilluns, XXX dies del mes de octubre aprop passat, nostre Senyor Deus, per la sua Clemencia, havia donada victoria als alts reys de Castella e de Portugal de la batalla campal que havien hauda ab los infeels reys de Benimari e de Granada e ab lurs gents”.⁵⁹

52 Wenceslao Segura González. *Hemerología. La ciencia de los calendarios*, Tarifa, Acento 2000, 2006. La conversión de fechas entre el calendario islámico aritmético y el juliano se consigue mediante los algoritmos A21, A4 y A2, que se encuentran en las páginas 189 y 194. Algo parecido ocurre con la fecha de la conquista de Tarifa. La crónica musulmana habla del último día de *Shawwal* del año 61 de la Hégira, que según el calendario computacional islámico corresponde al 13 de octubre de 1292; no obstante, la fecha de la conquista fue el 14 de octubre (Ibn Abi Zar'. *Rawd al-Qirtas*, traducido por Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1964, volumen II, p. 696 y Mercedes Gaibrois Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV*, Madrid, 1928, p. 181). Para conversión de fechas entre los calendarios juliano y musulmán se pueden utilizar tablas como las que aparecen en Eduardo Jusué, *Tablas para la comprobación de fechas en documentos históricos*, Madrid, 1911.

53 Próspero de Bofarull y Mascató, ob. cit. pp. 142-143.

54 Andrés Giménez Soler dice equivocadamente que el día semanal para los musulmanes es un día anterior al cristiano, entonces el 7 yumada 2º de 741 AH habría sido lunes.

55 Diego Ortiz de Zúñiga. *Anales eclesiásticos y seculares de la muy Noble ciudad de Sevilla*, Madrid, 1795, p. 102.

56 A. Ballesteros Bereta. *Historia de España y su influencia en la Historia universal*, Barcelona, 1946, tomo III, p.146. El padre Flórez recoge en sus *Memorias de las reinas católicas*, Madrid, 1761, volumen II, pp. 608-609 un privilegio donde se lee: “El año que el Rey D. Alfonso venció al poderoso Alobasen, rey de Marruecos, e de Sugelmege, e al Rey de Granada en la batalla de Tarifa, que fue lunes 30 días del mes de octubre [...]”. El monasterio de Samos conserva otro privilegio que también fecha la batalla del Salado el 30 de octubre.

57 C. Villacampa. *Alfonso XI, “el del Salado”, Alfonso XII, “el Pacificador”, y Alfonso XIII, “el Católico”. Relaciones de estos grandiosos monarcas españoles con el Santuario*, Cáceres, 1928.

58 Juan Beneyto Pérez, ob. cit., p. 331.

59 Manuel Dualde Serrano. *Solidaridad espiritual de Valencia con las victorias cristianas del Salado y de Algeciras*, Valencia, Instituto Valenciano de Estudios Históricos, 1950, pp. 76-77.

CONCLUSIÓN

Desde el punto de vista de la táctica militar la batalla del Salado se nos presenta como un excelente ejemplo donde comprobar cómo se desarrollaban estos enfrentamientos en campo abierto durante la Edad Media. Existió una planificación previa a la batalla, se dispusieron las tropas donde más convenía, durante el transcurso de la lucha hubo coordinación entre las distintas citaras, tanto en los ejércitos cristianos como en los musulmanes. Sin embargo, el resultado estuvo condicionado por el azar. Las operaciones en el campo de batalla no se ajustaron a lo que uno y otro bando tenían programado. Los cristianos vencieron porque tuvieron más suerte. Aunque hay que añadir que hubo cierta superioridad táctica de los vencedores. Los cristianos supieron resistir las cargas de la caballería musulmana y fueron superiores en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, a lo que añadir el escaso pundonor que ofreció la retaguardia benimerín, lo que fue determinante para el resultado de la contienda. La retirada fue precipitada y sin ninguna coordinación, ya que no existía la posibilidad de hacer gran cantidad de prisioneros. El resultado fue un elevadísimo número de bajas musulmanes durante el alcance.